

refiriéndose á lo que es causa de su pena, termina:

¿Lo guardarás? Es prenda de alta estima
Y es volcán este amor á que me entrego;
Tiene el volcán sus nieves en la cima,
Pero circula en sus entrañas fuego.

Atenidos á lo que en sí es la composición, no creemos que se nos juzgue apasionados por el calificativo que nos hemos permitido darle, y fiados en la imparcialidad que dentro de los justos límites nos contiene, podemos decir que es una de las mejores y más brillantes del poeta que estudiamos.

La mujer presentada en *Nieve de Estío* y la que presenta en el *Consejo de Familia* difieren notablemente: aquélla siente violentamente las sacudidas de la pasión, ésta se muestra dulce y sencilla; en la primera hay altivez y despecho corriendo parejas con un amor que todo lo llena, la segunda es cándida y pura, su amor todo lo perfuma; la primera es la rosa, la segunda es la violeta.

Natural es de todo punto que los padres ambicionen para sus hijos el absoluto de la felicidad posible; pero ¿en qué consiste la felicidad? En la muerte, dado que la vida es un valle de lágrimas; esta contestación, que después de todo es una particular opinión, no sirve en el presente caso, y si interrogamos á todos los pueblos y á todas las generaciones, cada uno os dirá cosa distinta, porque es lo más cierto

que nadie hasta ahora se manifestó contento con la peregrinación emprendida. La humanidad en esto se asemeja al pueblo hebreo: el obstáculo que vencer, la ambición, el error, todo les mortifica; ellos llegaron al fin á la tierra prometida: la humanidad sigue aun en el desierto; no sabe cuándo ni dónde hallará lo tan deseado; pero en esta diversidad de creencias, la más rara y extraña es la de la época moderna, en la que, dígame lo que se quiera y por repugnante que la afirmación parezca, la felicidad se hace consistir en el dinero. Ignoramos si Moisés ha subido por las tablas de la ley; pero el pueblo adora al becerro de oro. Efecto de la viciosa educación que recibe la mujer moderna, los padres, cuando ven llegado para ellas el momento de unir sus destinos á otro sér, que será en adelante su sostén y garantía, procuran que, como esencial condición, tenga riquezas, pues de este modo la joven, la mujer lo tendrá todo; error profundo de fatales consecuencias que ha dado á los juristas más que escribir que toda otra cuestión, y que es, digámoslo así, la causa eficiente de esta relajación de la familia, pues la institución matrimonial no fundada en el amor y el afecto, que es su base natural, decae y se prostituye, y es grave esto por las alteraciones que suele producir, dado que en un número considerable de casos las imposiciones no dan resultados y el corazón manda; cuando esto sucede el principio de la autoridad paterna está minado

y la joven unirá sus destinos al ser á quien el afecto la incline. El error fatal que lleva á unos á procurar la muerte del sentimiento y el triunfo que éste consigue siempre que existe, están presentados de hábil manera en esta composición, en la que el poeta, como en todas las suyas, hace galas de una imaginación riquísima y de unas formas encantadoras.

¿Quién la miseria y el amor concilia?

Hé aquí, según el poeta, la cuestión que no para discutir, sino para impugnar, ha hecho que se reuna el consejo formado por los padres de la novia, en derredor de los que

con rostros muy severos
Y animados de cólera no escasa,
Estaban cual prudentes consejeros,
Seis ó siete visitas de la casa,

y entre ellos la joven á quien se quiere obligar á que deje de amar á un poeta, que cierto es tiene laureles, pero que según todos, no tiene con que proporcionarle ese sin número de comodidades con que sueña la mujer de nuestros días. Tal intención, sin el amor verdadero que posee á la niña, se hubiera conseguido, se conseguiría siempre que para ello se emplearan las razones que aquellos consejeros alegaron, razones que excitan la risa por la gracia inimitable con que están expuestas, por la punzante ironía con que están dichas y que acreditan

gran vis cómica, de la que es lástima no tengamos más prueba que la que nos ocupa.

La parte agitada de la sesión comienza luego que la joven confiesa amar mucho al poeta; el padre amenaza, la madre se asusta, una de las visitas la califica duramente y entonces:

Los versos nada más son oropeles,
Dijo la anciana en tono reposado,
Y apuesto á que no sirven sus laureles
Ni para sazonar el estofado.

Tras esta afirmación, que la señora diría ser hija de lo que vulgarmente ha dado en llamarse *sentido práctico*, sigue:

O ¿quién sabe? agregó con triste acento
Una visita al parecer piadosa,
Si se irán á poblar el firmamento
O á vivir en el cáliz de una rosa.

.....
Puede ser, interrumpe otra persona,
Que intenten levantar, llegado el caso,
A orillas de la fuente de Helicon
Un palacio en las faldas del Parnaso.

El regalo de boda, amigo mío,
Tendrá joyas riquísimas y bellas:
Junto á un collar de perlas de rocío,
El manto azul del cielo y sus estrellas.

Envidia te tendrán los serafines,
Pues tendrás deleitando tu hermosura
Una alfombra de nardos y jazmines,
Y un ruiseñor que cante en la espesura.

El marido feliz te dará un beso,
Diciendo tengo un ángel por esposa,
Y á la hora de comer ¿quién piensa en eso?
Para el poeta la comida es prosa.

No queremos continuar. Si no con la magia con que el poeta las ha sabido revestir en frases más ó menos escogidas estas mismas razones muchas veces, se dicen en parecidas ocasiones, cuando sin considerar lo muy expuesto que es matar el sentimiento en una mujer se le aconseja que desista de la pasión por que vive; y cuenta que no es nuestro ánimo aconsejar las uniones en que de nada no se hará nada, pero hay gran distancia de esto á la condenación del que carece de riquezas, que privado debía verse, según la generalidad piensa, hasta del amor que inspira. Por fortuna tales razones producen efectos contraproducentes, y el poeta al terminar su composición lo dice; las risas de los concurrentes parecen avivar la llama que tratan de extinguir y ella:

Como asoma en los cielos una estrella,
El rostro fué á asomar por la ventana.
Ven, me dijo, mitad del alma mía;
Dicen que amarte es prueba de torpeza;
Que te deje por pobre, ¡qué ironía!
Que por pobre te olvide, ¡qué tristeza!
Como no nos comprenden, es por eso
Que destruir mis amores se concilia:
Yo siempre seré tuya, dame un beso.
¡Se ha lucido el consejo de familia!

Sátira finísima y delicada, cuyos encantos prueban el cuidado con que la trató su autor, es modelo de buen decir y constituye un cuadro que parece tomado del natural, según lo vivo de sus colores y lo natural de sus rasgos;

hay en ella cuanta vida y movimiento son apetecibles, y tal es su finura, que deleitando corrige, mejor dicho ¡quiera Dios que corrija!

El libro que el poeta tituló *Horas de pasión*, le dará al leerlo, si lo lee, horas tristísimas de amargos pesares: el ídolo levantado por su amor, cayó en el fango, las dulzuras de las sensaciones que le dieron vida, se han trocado en tormento que va á ser eterno. Esto no obstante no podemos dejar de reseñar, aunque sea brevemente, las poesías que lo forman, son las primeras rimas del poeta, son, digámoslo así, sus primeras manifestaciones, y no cabe dudar en vista de ellas, lo mucho que el poeta prometía y que ha realizado más tarde, del mismo modo que de esto puede deducirse lo que llegará á alcanzar. La literatura alemana, ya porque á ello se sienta llevado el mayor número de los poetas, ó porque el carácter de aquel pueblo, su naturaleza especial, su imaginación vaga y melancólica á ello les induzca, abunda en composiciones de corta extensión, pero llenas de ideas y encantos á las que han llamado *lied*: justo es hacer notar que tal cosa entre ellos es todo lo que no sean las grandes composiciones líricas ó épicas, y aun esto ha sido rebatido en parte por los que en el gran poema de los Niebelungos no quieren ver más que *lieder*: sin manifestarnos dispuestos á aceptar esto, que bien puede calificarse de exageración, no podemos menos que estar conformes con los críticos que afirman que el medio

más general de expresión de la poética alemana es el *lied*, por lo que en ellos se encuentra lo mismo la idea que en las demás literaturas constituye el fondo de la égloga, que la ironía propia de la sátira, que la alegría bulliciosa propia de la báquica oda; entre los alemanes un *lied* basta para expresar el amor purísimo y tranquilo, y en un *lied* hacen gala de la proeza guerrera; en un *lied* cantan las delicias del vino y con otro celebran las ventajas de un arte, profesión ú oficio, y tal y tan irresistible es la fuerza con que á este género se ven llevados, que *lieder* podemos hallar en el *Fausto*, en el *Wilhelm Meister*, de Goethe y en la *Wallenstein*, de Schiller, con lo que bien puede afirmarse que indeterminado el carácter del *lied* y probado que es sólo calificación genérica de composiciones, por su extensión, las demás literaturas no lo han imitado, sino que *lieder* pueden llamar los alemanes á esos suspiros del alma de los poetas que en todas existen, á esas composiciones que parecen resultados de las violentas agitaciones que dan color á la vida, destruyendo su horrible monotomía. Entre nosotros, porque poetas de inmenso valer lo hicieron, estas sencillas composiciones pueden llamarse *rimas*, y si bien es cierto que en las de Peza se pueden advertir censurables descuidos y defectos, no lo es menos, que atestiguan un corazón tierno y apasionado, un alma ardiente que en ellas se transparenta, por lo que dejan advertir la ambición, los celos, el

despecho y cuantos afectos se dan naturalmente en un sér enamorado.

Es la ausencia tan terrible mal, que excita á cantar tristemente; lejos de la patria donde se vió la luz, se siente mortal angustia, que el poeta ha manifestado en la composición dedicada al sabio Dr. Híjar y Haro y cuyo título es *Tras los mares*. Con la doble vista que el deseo proporciona, desde aquí, por grata que su estancia le fuera entre nosotros, como siempre nos manifestó, veía los encantos de la esplendente naturaleza que favorece á su patria, y echándolos de menos, manifiesta su dolor en sentidos versos que harían honor al que más de poeta se preciara.

Poeta de corazón y amante de su patria, cuidó tanto Peza de sus conciudadanos mientras vivió en España, que á esto se debe que no haya conseguido él todo el nombre que merece: mucho más hubiera aumentado su reputación sobre la muy grande de que ya goza, pero se afaná por hacernos adquirir conocimientos que nunca serán bien agradecidos, y hoy, lejos de nosotros, procuramos pagarle en la pobre medida de nuestras fuerzas, revelando méritos que en su modestia tenía dados al olvido. Soñador de las alegrías como de los dolores, le hemos visto en sus composiciones exponiendo con sin igual maestría ideas que alegran al corazón, y de exprofeso hemos dejado para lo último hacer mención de las en que cautiva, por el vago dolor que nos produ-

ce el considerar lo que en ellas expone. *Post umbra* y su soneto *Las dos perlas* pertenecen á esta clase: en la primera tal vez aquella mujer arrogantísima de *Nieve de Estío* que con sus caprichos nos encantaba, tal vez otra de igual temple é igual belleza, se queja del abandono de su amante, abandono que le produce indecible angustia. Será tal vez esta mujer un mito, tal vez su realidad se limitara á la mente del poeta; pero es lo cierto que á sus quejas acuden á nuestros labios frases de consuelo que prodigarle y se nublan nuestros ojos con el llanto. Es Peza de los poetas que cumplen perfectamente la misión que les está encomendada, sus versos son ideas de las que se apodera el cerebro y cuyas esencias llegan al corazón; no hay en él esa pesada redundancia de palabras que se advierte en los que con ellas parecen haber llenado el molde que hicieron para una composición; el pensamiento se ve claro y distinto; produce goces porque siempre es tierno, impresiona porque la forma en que lo expone es la más apta para ellas. ¡Pobre mujer! esta exclamación brota de nuestro pecho á impulso del dolor que nos causa el abandono de aquella que por boca del poeta dice al verse precisada á escribir una carta en que lamenta su desventura:

Si cayera mi llanto hasta las hojas
Donde temblando está la mano mía,
Para poder decirte mis congojas,
Con lágrimas mi carta escribiría.

Mas si el llanto es tan claro que no pinta
Y hay que usar otra tinta más oscura,
La negra escogeré porque es la tinta
Donde más se refleja la amargura.

Tras esto, con sin igual verdad expresa aquella mujer lo que sólo puede concebir un corazón que ama; hay allí la antítesis que resulta de la sonrisa que aparece por querer disimular el sentimiento y de la lágrima que la sonrisa arranca; se advierte la comprensión íntima de la pasión amorosa en su aparecer cuando la triste abandonada exclama:

¿Por qué te conocí? Cuando temblando
De pasión, sólo entonces no mentida,
Me llegaste á decir, «te estoy amando
Con un amor que es vida de mi vida,»
¿Qué te respondí yo? Bajé la frente,
Triste y convulsa te estreché la mano,
Porque un amor que nace tan vehemente
Es natural que muera muy temprano.

Como definición de los amores que pasan para dejar en el alma tristes recuerdos, nada encontramos ni tan sentido ni tan bello como:

¿Cuántos de los crepúsculos que admiras
Pasamos entre dulces vaguedades;
Las verdades juzgándolas mentira,
Las mentiras creyéndolas verdades!

Y al evocar en su memoria con amargo duelo las felices horas de cuyo paso se lamenta, cuántas como ellas se dirán en silencio:

Al verme embelesada al escucharte,
Clamaste aprovechando mi embeleso:
«Déjame arrodillar para adorarte;»
Y al verte de rodillas te dí un beso.

Por más que á los que de timoratos blasonen
pudiera parecer escandaloso el alarde de la pa-
sión por medio de lo que de terrible falta cali-
fican, no podrán menos de afirmar que como
el poeta en su protagonista dice:

Debo aquí confesar que un beso ardiente
Aunque robe la dicha y el sosiego,
Es el placer más grande que se siente
Cuando se tiene un corazón de fuego.

No queremos seguir, pues de hacerlo ten-
dríamos que citar uno á uno todos los versos
de tan notable composición, y comprendiendo
el natural cansancio que al ánimo de nuestros
lectores habrá llevado nuestro trabajo, vamos
á terminar dedicando breves frases á un soneto
que bien podemos decir fué una improvisa-
ción. Lo vimos hacer; por la frente del poeta
cruzó una nube, tal vez importuno recuerdo
de algo que lamentaba; inclinó la cabeza y
cual prolongado suspiro que en el papel se fo-
tografiara quedaron los versos que transcri-
bimos:

Nació en el fondo de la mar bravía,
En su cárcel de nácar refulgente,
La perla que hoy sobre tu hermosa frente
Roba su brillo al esplendor del día.

Así dentro de tu alma nacería
Esa furtiva lágrima candente
Que, brillando en tus ojos tristemente,
Miré rodar sobre tu faz sombría.
¡Ah! Tú no eres feliz con la riqueza,
Y encubre tu esplendor tantos pesares
Como perlas ostenta tu cabeza.
Habla más á los seres no vulgares,
Una perla del mar de la tristeza
Que las perlas del fondo de los mares.

Tal vez lo más acertado de nuestro trabajo
sea, tras haber copiado íntegro el soneto, no
decir una palabra: nuestras alabanzas serían
siempre pálidas, y aunque tenemos concien-
cia de que lo son también las que á las demás
composiciones hemos tributado, nos queda la
satisfacción de haber hecho cuanto posible nos
ha sido por probar que Juan de Dios Peza es
uno de los poetas que con más orgullo debe
mencionar la historia de la literatura en Mé-
xico y uno de los que con más provecho hon-
ran á las musas castellanias.

